Día 28

SALMO 144

«Bendito sea el Señor, mi Roca, que adiestra mis manos para
la guerra, mis dedos para la batalla»
(Sal. 144:1).

En esta cuarentena, donde estamos pasando más tiempo juntos con hijos, padres y cónyuges, y debemos compartir dentro de limitaciones físicas y sin distancia social, inevitablemente surgen conflictos y diferencias grandes y pequeñas.

Debemos entender que hay una amenaza real de guerra espiritual en nuestros hogares y necesitamos la ayuda especial de Dios para ser rescatados y que, en Su bondad, nos conceda victoria sobre el pecado. Debemos orar para que la gracia del Señor nos siga capacitando, en especial a las madres, con manos y dedos físicos y espirituales (Sal. 144:1) en un tiempo de crisis.

En el Salmo 144:2, el salmista expresa: «Él es mi Dios amoroso, mi amparo, mi más alto escondite, mi libertador, mi escudo, en quien me refugio…». ¡Es un lenguaje militar! Y esa fuerza no sale de mí misma.

El Señor promete ayudarme a pelear esta guerra espiritual; Él pelea por mí, extiende Su mano y me rescata de caer. Me da la victoria sobre la tentación y el pecado de la falta de paciencia, la ira y el enojo.

En mis conversaciones durante estos días, ¿cómo voy a ir a la batalla espiritual? Cuando aparece la falsedad y la mentira de las acusaciones en tu hogar y familia, ¿cómo vas a responder? Ahí es donde la exhortación que aparece en este salmo puede ser de gran bendición.

Debemos pedir al Señor que nos ayude a comunicarnos bien; a discernir cuándo estamos respondiendo o reaccionando mal. Debemos estar alertas a

que la ley de clemencia esté en nuestras bocas. Debemos orar que Dios nos conceda gracia para tratar de mantener buenas actitudes en nuestra familia, pues todos estamos nerviosos, estresados y frustrados.

Cuando haya conflictos y pleitos, debemos pedir gracia para obrar de buena manera, utilizando las mejores intenciones. Por la gracia de Dios debemos esforzarnos en afirmar a otros miembros del hogar por lo que hacen bien; con genuina intención de alabar lo bueno.

También debemos pedir especial gracia para procurar vencer con el bien el mal y cuidarnos de los celos entre miembros de nuestra familia, considerando que somos un equipo. Estamos juntos para santificarnos y mortificar el pecado. La bendición vendrá a nuestra familia si, como creyentes, resolvemos vivir para Él.

Y es nuestra oración que podamos alcanzar la promesa del versículo 12: «Que nuestros hijos, en su juventud, crezcan como plantas frondosas; que sean nuestras hijas como columnas esculpidas para adornar un palacio». Que todos unidos seamos como esas columnas que unen y conectan, no que dividen, sino unifican; no que generan discordia entre sus miembros, sino que sostienen, porque llevan el peso y adornan con su hablar, con sus manos, con sus dedos y con su boca. Que juntos podamos reflejar la bondad de nuestro Dios.